

CAPÍTULO VIII

¿EL “TRABAJO INFANTIL”?

SUMARIO

1. ¿Un título duro?.....VIII-1 / 233
2. El Mercado de Abasto de AvellanedaVIII-2 / 234
3. Las horas de enseñanza paterna: Todo el día.....VIII-3 / 235
4. Interrogante terapéutico.....VIII-5 / 237

Capítulo VIII
¿EL “TRABAJO INFANTIL”?

1. *¿Un título duro?*

Con tanta normativa prohibiendo el trabajo infantil elijo un título duro, porque me parece que algunos de sus mejores ápices han sido olvidados por quienes condenan con razón el trabajo infantil en relación de dependencia con terceros.

La ley no condena sino que algo condescientemente excluye de su prohibición al trabajo de los hijos con sus padres.

Salvo casos de explotación por terceros a la familia entera, en mi propia y limitada experiencia personal, el estado debería premiarlo, no perdonarlo. Es, o ha sido para mí, una experiencia totalmente diferente. Hablo pues en primera persona del singular, limitándome a contar cuán beneficioso fue para mí.

No estoy sugiriendo poner nuevamente en marcha las novelas de DICKENS, pero quiero destacar que los beneficios que obtuve de la educación de mi padre los recibí en su mayor parte en las conversaciones que tenía con él en nuestro negocio, en ocasión de trabajar o de pequeños descansos durante el trabajo común.

Eso fue así en Ascensión, donde recuerdo solo quitar la cáscara a los maníes y cosas por el estilo, pero se potenció en Avellaneda.

Ver supra, cap. II, § 6, p. II-9 / 75.

Bajo este nuevo sistema de trabajo familiar se produce un hecho trascendente: Por una enfermedad preexistente le amputan a mi padre la pierna derecha por debajo de la rodilla y seguimos trabajando mamá y yo durante su internación. Luego retoma el trabajo en muletas y largo tiempo después, le colocaron su primera pierna ortopédica y comenzó a usar un para mí distinguido bastón de caña que guardé con cariño hasta que la noche de los tiempos se lo llevó.

En esa época, más o menos, acordamos que él abriría el bar a la hora habitual, las 04.00 de la mañana, yo me levantaría a las cuatro o cuatro y media, más o

menos, al llegar el primer cliente y mamá tomaría la posta cuando me fuera a la escuela.

No sé cómo lo vivieron ellos, sé cómo lo viví yo: Con naturalidad.

2. *El Mercado de Abasto de Avellaneda*

El bar trabajaba con los diversos comerciantes que frecuentaban el Mercado de Abasto de Avellaneda: Puesteros que actuaban como consignatarios de los quinteros, allí presentes para controlar las ventas; verduleros que venían a aprovisionar sus verdulerías; changadores para la carga y descarga de mercaderías, inspectores municipales. Al comienzo el mercado también era de carnes, con igual proceso de comercialización. Recuerdo los changadores vascos cargando una media res al hombro.

El trabajo intenso del mercado empezaba a medianoche y decrecía a partir de las dos de la mañana. A las cuatro algunos puesteros y quinteros comenzaban a venir al bar para ordenar y contar el dinero y arreglar sus cuentas. A los changadores supongo que les pagaban en el acto pues nunca presencié transacciones con ellos.

La clientela aumentaba cada vez más y se terminaba de retirar alrededor de las siete de la mañana. El resto del día venían muy pocos clientes, en general. Eran los mismos puesteros que, descansados, venían a tomar algo.

Al entrar el primer cliente mi padre sonaba el timbre y segundos después yo estaba en la mesa respectiva preguntando qué se iban a servir. Me despertaba totalmente alerta, algo que se mantiene hasta el día de hoy. Con una variante fundamental introducida en mi vida los últimos veinte años: Habiendo aprendido que los infartos son más frecuentes desde la mañana hasta el mediodía, ahora comienzo el día bien despierto pero muy tranquilo, lento, cauteloso.

Trato de no adquirir ningún compromiso de trabajo antes del mediodía y no tengo problema en trabajar hasta cualquier hora de la noche. Pero la mañana se la reservo a la salud cardíaca. Mi abuelo paterno y mi hermana mayor, ambos muertos de un infarto masivo a los 43 años de sus vidas, me han dado el preaviso necesario.

Adquirí una múltiple capacidad de concentración, abstracción y atención de mi hábitat, como los perros en el campo. Ni la música ni el ruido me distraían del estudio, pero percibía de inmediato la mirada de un cliente para ir a atenderlo.

Los perros en el campo o la ciudad tienen un incomprensible déficit de visión periférica que les hace ponerse delante de las ruedas de un camión o vehículo cualquiera y perecer, atropellados.

La consigna de mi padre, que poquísimos mozos de bar o restaurante conocen o cumplen, es que un cliente no debe tener que llamar al mozo. Debe bastarle con alzar la mirada en su dirección para que éste atienda de inmediato su pedido.

La atención del bar, con tan pocos clientes todo el día, no se interrumpía por el almuerzo o la cena. Lo hacíamos por turnos y el bar atendía sin solución de continuidad hasta que nos acostábamos. En aquellos tiempos no se vivía inseguridad.

3. *Las horas de enseñanza paterna: Todo el día*

Es así como no recibí consejos en la mesa de la cena o en otro lugar cualquiera de la casa, *los recibí en el lugar de trabajo dentro del negocio*. Todos los grandes consejos paternos que guiaron mi vida, incluso el que fue pivote al empujarme a seguir estudiando en vez de comenzar a ejercer la profesión, los escuché en el lugar de trabajo. Guardo en mi mente hasta la ubicación física cuando se produjo, en un espacio de comunicación entre el frente y detrás del mostrador, yo en el medio, él cerca de mí detrás del mostrador.

Al escribir advertí de inmediato las palabras *ápice* y luego *pivote*. Parecen inapropiadas en un contexto de educación infantil, pero muestran, me parece, que el trabajo infantil o adolescente e incluso adulto con el padre puede ser, al mismo tiempo, el cumplimiento por ambos de un deber elemental en la vida, la ocasión de conocerse mutuamente cada vez mejor y el modo directo, inmediato y cariñoso en que un padre puede enseñar a su hijo cómo trabajar, en primer lugar dando el ejemplo.

No se trata de la técnica de cada trabajo, sino de las constantes universales de *exigencia y dedicación, atención, esmero, responsabilidad, detalle, eficacia*.

No por las malas, sino por el ejemplo constante y el consejo oportuno.

Mi padre jamás me tuvo que levantar mínimamente la voz para que lo obedeciera. Él había aprendido a mandar y lo hacía con el tono de voz justo.

El trabajo en cualquier lugar y medida es duro si ha de tener éxito. Trabajar en la casa es trabajar mucho tiempo, pero es *trabajar en familia*, no lejos de la familia. A veces la idea de trabajo paterno es asociada con la idea de un padre que no está mucho en la casa, pero se olvida el caso quizás excepcional del padre que trabaja junto al hijo, que por estar en casa o en el negocio, trabajando juntos, tendrá mil oportunidades razonables de estar con los suyos todo el tiempo y transmitirles las indispensables enseñanzas de la vida.

Ya más grande vivíamos en una casa que compramos a la vuelta de manzana del negocio, en Pasaje Magnasco 357. Allí falleció mi padre, en la habitación conyugal.



1– Mercado de Abasto de Avellaneda, hoy Universidad Nacional de Avellaneda.

2– Colón 476.

3– Pasaje Magnasco 357

<https://www.google.com.ar/search?q=Pasaje+Magnasco+Avellaneda+Provincia+de+Buenos+Aires&ie=UTF-8&oe=UTF-8&hl=es&client=safari>

Sin embargo, el tener vivienda propia aparte del negocio no cambió el esquema de relación, pues aún entonces las lecciones que recibí las aprendí en ocasión de estar con él por el trabajo en común, no en casa.

El trabajo de mi padre era ocasión para compartir con mi trabajo de niño, adolescente y finalmente adulto, pero ¿trabajo? al fin. Cualquier persona que trabaje en cualquier lado sabe que es imposible hacerlo en forma continua, que tomamos frecuentes pequeños descansos. Si el trabajo mismo tiene intermitencias, mucho mejor, más tiempo para charlar entre los compañeros de trabajo.

Ahora, si los compañeros de trabajo son padre e hijo, la interacción es espectacularmente sana, o al menos lo fue para mí.

Todo depende de si consideramos el trabajo como maldición divina, “Ganarás el pan con el sudor de tu frente,” al ser expulsado Adán del Paraíso donde se disfrutaba y no se trabajaba; pero también podemos considerarlo y así lo veo, como una bendición divina cuando podemos elegir nuestro trabajo y lo podemos cumplir con nuestra familia, haciendo con disfrute y goce lo que queremos, por

propia elección. Es el don de realizarse a sí mismo en el trabajo. Realizarse plenamente es sin duda un placer.

Es lo que hago ahora, trabajando en casa y mi mujer atendiendo los asuntos en el estudio o en el campo, yo en casa escribiendo y leyendo (o en cambio escuchando televisión o leyendo con detalle los diarios, antes siete, hoy tres) y ella ocupándose del campo (y de la infinita minucia de cuyas ocupaciones nadie de la ciudad tiene noticia) por sus barroas calles rurales, o de las complejas regulaciones impositivas y administrativas de nuestras respectivas actividades.

Pero a la mañana, al mediodía, a la tarde y a la noche compartimos el tiempo, hablamos de nuestras ocupaciones y disfrutamos de la felicidad de estar juntos. Los fines de semana vamos juntos al campo, yo para escribir y ella para atender los asuntos del lugar; ambos para seguir compartiendo la felicidad de estar juntos.

4. *Interrogante terapéutico*

Hice en mi vida muchísimos años de terapia de distinto tipo y los respectivos profesionales (psicólogos, psiquiatras, psicoanalistas) indagaron en profundidad sobre casi todos los aspectos de mi vida, descubriendo puntos dolorosos. Pero jamás surgió en terapia el tema del trabajo infantil con mi padre enfermo y la lucha por la supervivencia familiar y el desarrollo personal.

Si fue omitido por ellos en la terapia, u olvidado por mí, o incluso reprimido, no lo creo. Ni reprimidos ni olvidados, seguro. Vividos y recordados con felicidad, agradecimiento y sin trauma que supiera o notara, también. Si los psiquiatras, psicoanalistas y psicólogos consideraron todos que mejor no arreglar lo que no estaba roto, tampoco lo sé.

Así como sé de amargas y sufrimientos en mi vida, los que trato de olvidar, así también sé que entre ellos no figuran mi infancia, adolescencia y primera juventud trabajando con mi padre mientras estudiaba.

No desde luego en mi consciente y a esta altura de la vida sospecho que tampoco en mi inconsciente, que tan buenos servicios me ha dado siempre. Algún investigador de la *psiquis* ajena podría buscar una interpretación diferente, a partir de elementos como este libro. Yo la descarto y aunque pueda equivocarme respecto a la visión ajena, nunca lo estaré en vida en la mía, de algo tan directa e intensamente vivido.